

Jorge Calvimontes

Jorge Calvimontes y C. (1930). comunicador y poeta. Su producción poética se halla dispersa en periódicos y revistas nacionales y extranjeros. Recientemente ha publicado un libro sobre la técnica de la crónica periodística. Ganador de certámenes poéticos desde 1950, en Oruro, La Paz y Cochabamba.

En su vida ciudadana, cumplió importantes situaciones de responsabilidad. Fue Alcalde Municipal de la ciudad de Oruro en 1969, hasta la implantación de la dictadura (1971) y asilado en la República de México, con algún paréntesis de retorno al país, se estableció en esa nación hermana vinculado profundamente a las actividades universitarias en la Capital Federal; por lo demás, su protagonismo en el campo de las letras, sigue vigente, como una promesa de alagadores frutos en el futuro.



Retiro voluntario

CANTO PRIMERO

De haberme atado el alma en la indigencia,
de los metales turbios resumido,
de ser tortura antigua
de la sangre,
de un esperar de ayer que se hace olvido.

Venero a sol y sombra; despedida
de la sonrisa ingenua del anhelo.
Desesperado aullido,
petulancia
y fuego,
si en la azurita pétrea muere el cielo...

Yo fui la imprecación del hambre al rudo
peñasco indiferente de la vida,
Y, polvo en el girar
de un trágico
destino
apenas fui la historia de una herida.

Mi brazo era un barreno hiriendo cumbres
y un callejón de sangre haciendo haluros
llevó al pedrón mi paso.
repetido,
y en mi ansiedad de luz nació el carburo.

CANTO SEGUNDO

He desandado el sueño de mi hombría
desde la oscura cuenca del silencio.
Más, yo no vengo a ser ni lámpara
ni grito
ni antorcha ensimismada en el suplicio.

Me he desprendido atrás de la amargura:
de la pupila opaca de la duda;

y amando lo que amó,
mi vastedad,
mi origen,
he vuelto a ser de nuevo la estatura.

Que no devuelva el viento la esperanza
si no se enjuaga el llanto en la inocencia.
Retórnece a la sombra
si la angustia
desde el pulmón dolido se hace ausencia.

Yo sé que he de encontrar callado el rezo,
quemado el pan de amor y el vaso ajeno,
mojado el sol del día
y un travieso
afán de ser trigal bordando el sueño.

CANTO TERCERO

Detrás de tí como una sombra tuya,
buscando el pan y el canto, como todos,
siempre a tu lado iré
y si el andar se alarga,
madrugaré en la esquina del recodo.

Dejando el cautiverio de mi asombro,
sin traje de domingo, sin sombrero,
tu amigo vengo a ser;
sin lámpara
ni grito
yo vengo a ser tu hermano, compañero.

De extraña parentela -escarabajo-
sobrino del señor de las cavernas:
Carrero en los niveles,
huayakheri,

chivato,
palliri, amancebada con las penas.

Broncero encadenado al negro río
donde el sudor del torso es pan licuado:
sereno de la escarcha,
matapalo,
Aysiri,
nocturno equilibrista en sueño ajado.

CANTO CUARTO

No dejes que me maten los fusiles,
que no florezca el odio en mi regazo.
Yo he muerto cuatro siglos
y un venero
truncó la estirpe núbil de mi brazo.

Yo vengo a ser del trigo y la mazorca
la agrícola fragancia de la harina:
Yo vengo a ser caricia
de agua fresca
y el sol de la abundancia en las sonrisas.

Su nuevo canto enciendan los arados
cuando el barreno duerma en el olvido.
Que el alma venga al surco
y en la acequia
del riego,
del riego de la sangre brote el trigo.

Yo vengo a ser murmullo en la floresta;
y en el corcel del viento, una paloma,
Yo vengo a ser la fe
sin lágrima,
sin pena,
simiente de otro fruto y de otro aroma.